

# NUEVOS RITOS

REVISTA  
DE  
ARTES,  
CIENCIAS  
Y  
LETRAS



Srta. AMALIA ACEVEDO RAMIREZ.  
Prímorosa flor de nuestro pensil

# DIRECTORIO PROFESIONAL

<b>MEDICOS</b>	Mendoza Dr. Carlos E. Calle 13 Oeste 65. Tel. 670.	Díaz Dr. M. M. Exposición. Tel. 738.	
	Arjona Dr. J. E. Ave. A. 49. Tel. 440 A.	Moreno Ponce Dr. J. J. Ave. Central 49. Tel. 933.	Gallol Dr. Berardo Ave. A. 73. Tel. 158 B.
	Arce Dr. Rodolfo 12 Oeste 22. Tel. 1480.	Reeder Dr. D. F. Ave. Central 12. Tel. 576.	Mazzola Dr. Leopoldo Ave. Central 22. Tel. 22 A.
	Arias Dr. Arnulfo Calle B. No. 6. Tel. 289.	Vallarino Dr. J. J. Exposición. Tel. 907.	<b>ABOGADOS</b>
	Arosemena Dr. Elías Ave. Sur 16. Tel. 145.	Velásquez Dr. M. E. Ave. A. 55. Tel. 528.	Alfaro Dr. Horacio F. Plaza Amador 5. Tel. 213.
	Barraza Dr. S. E. Ave. Sur 6. Tel. 455.	<b>DENTISTAS</b>	Arias Dr. Harmodio Ave. Central 15. Tel. 553.
	Boyd Dr. Jorge E. Calle 8a. 10. Tel. 740.	Alemán Dr. Julio Calle 11 Este 11. Tel. 792.	Cervera Dr. Dámaso A. Calle 4a. 30. Tel. 221 A.
	Brin Dr. Carlos N. Calle B. 4. Tel. 519.	Alemán Dr. Luis C. Calle 8a. 18. Tel. 537.	Chiari Dr. Eduardo Ave. Norte 8. Tel. 36.
	Calvo Dr. J. E. Calle 19 Este 2. Tel. 978 A.	Arias Dr. J. M. Calle 12 Oeste 22. Tel. 843.	López Dr. Carlos L. Calle 5a. 22. Tel. 1283.
	Chanis Jr. Dr. Daniel Ave. Central 46. Tel. 226.	Coor Dr. J. L. Ave. Central 39. Tel. 739.	Loy Dr. S. K. Ave. Central 125. Tel. 396.
Lewis Dr. J. G. Calidonia 2. Tel. 1179.	De la Torre Dr. Alfonso Ave. Central 43. Tel. 37.	Quintero A. Dr. Benjamín Calle 11 Este 6. Tel. 1060 A.	
Melhado Dr. Alfredo Ave. Central 71. Tel. 663.	Díaz Dr. J. J. Ave. Central 31. Tel. 272.		

TIPOGRAFIA Y CASA EDITORIAL

**"LA MODERNA"**

QUIJANO & HERNANDEZ

**TALLER DE ARTES GRAFICAS**

*montado con todos los elementos más modernos*

ATENDEMOS CUALQUIER TRABAJO DE FOTOGRAFADO

CALLE 12 ESTE No. 16 (Plaza de Santa Ana)

TELEFONO 948

Discurso pronunciado por don Guillermo Andreve en la noche del 25 de julio de 1927, con motivo de la fiesta organizada por el Director y maestras de la Escuela Simón Bolívar, para celebrar el primer aniversario de la fundación de dicho plantel de enseñanza conjuntamente con el natalicio del Libertador

Damas y caballeros,  
jóvenes alumnos:

La Escuela Simón Bolívar se ha acordado de mí para hacerme esta noche una gran distinción: la de colaborar en esta simpática fiesta,



Libertador SIMON BOLIVAR

con una disertación sobre el Libertador. Y yo agradezco muy profundamente esa distinción por dos motivos: porque en realidad ella proviene de un grupo de inteligentes y virtuosas jóvenes maestras, cuya labor cultural aprecio y aplaudo, y porque disipa un error que se iba haciendo gradualmente plaza en mi cerebro: el de que en la memoria de los profesores y maestros se había borrado el recuerdo de quien durante seis años, o sea por un período más largo que el de cual-

quier otro de los que han ocupado la misma posición en nuestro país, fue Secretario de Instrucción Pública y puso, en el cumplimiento de sus deberes, todos sus entusiasmos y todas sus energías de hombre joven, considerando su posición como tal no por el sueldo ni por los honores que ella le aportaba, sino por las responsabilidades que apareja y por las oportunidades que presta para laborar con cierta eficacia por el progreso y bienestar del país.

Debo decir que lo anterior no es una queja por el olvido anotado, sino una muestra de gratitud por la distinción presente. Confieso que soy muy sensible al bien que se me hace, y no lo olvido fácilmente. En cambio no recuerdo jamás el que hago, siguiendo con toda escrupulosidad el precepto del Galileo: que tu mano izquierda no sepa lo que hace la derecha, a lo que yo agrego: y que la derecha no haga sino el bien y lo olvide en seguida.

Hablar de Bolívar no es cosa fácil, si no se quiere caer en lugares comunes y repetir lo que ya tanto se ha dicho sobre sus cualidades como soldado y como Capitán, como organizador y conductor de pueblos y aun como hombre, con todas las pasiones propias de los humanos. Y yo, que no he tenido ni el tiempo ni la calma necesarias para ahondar en sus acciones y en sus propósitos, temo defraudar vuestras esperanzas esta noche y desde ahora solicito vuestra indulgencia.

El estudio somero de la vida de los grandes hombres, no nos muestra más que las cualidades sobresalientes que los adornan, las que vienen a formar su genio. Sus defectos se disimulan o se olvidan, y por eso se ha dicho de ellos que son como el Sol cuyas manchas quedan eclipsadas por los fulgores de su luz radiante. Pero es indudable que al igual de los más oscuros individuos, tienen los super-hombres defectos y debilidades, pues no hay perfección posible ni material ni moral en los humanos. En realidad, sería mejor olvidar estas debilidades y defectos; pero a la historia, la verdadera, la que se aparta de la leyenda y de la fábula, le es preciso tomar en cuenta todos los factores que forman la fisonomía y el carácter de los hombres y de los pueblos.

Por eso ha sido preciso estudiar en Bolívar, tanto al hombre de temple enérgico, que sabía encadenar a su carro de guerra la victoria, ser fuerte en la adversidad, mantener el entusiasmo entre sus compañeros, electrizar las multitudes, arreglar con su espada el mapa de América y dar una constitución a los países que libertó esa espada, cuanto al hombre de genio vivo que no admitía que se le contradijera, que entregó a Miranda, que dictó el decreto de Trujillo y confirmó la sentencia contra Piar, que se durmió en las delicias de Lima y no supo colocarse por encima de los partidos ni retirarse a tiempo del escenario de sus triunfos.

Pero todas estas cosas,—errores, debilidades, inconsecuencias—son las manchas del sol, manchas que no se ven sino con telescopio y que no llegan a obscurecer su gloria ni a disminuir su brillantez. Porque todos los defectos juntos del Libertador desaparecen a los fulgores de Carabobo y Boyacá, Pichincha y Junín, en que el militar culminó a la mayor altura; a los fulgores, más inmarcesibles aun, de su renuncia del mando ante el Congreso de Angostura en 1819, en que el hombre civil se mostró igualmente grande. Recordemos sus términos porque parecen olvidados ya por los hombres de esta época. “Devuelvo a la República—dijo dirigiéndose al Presidente del Congreso—el bastón de General que me confió. Para servirla cualquier grado o clase a que el Congreso me destine es para mí honroso; en él daré el ejemplo de la subordinación y de la ciega obediencia que debe distinguir a todo soldado colombiano. Así, pues, mi espada y la de mis incultos compañeros de armas están siempre prontas para sostener vuestra augusta autoridad.”

Cuántos generales, cuántos mandatarios, cuántos hombres de poca o mucha significación procederían hoy de igual manera, cuando la ambición del mando, cuando las ventajas de la autoridad trastornan todos los cerebros, sacan de quicio a personas que suponíamos equilibradas, ponen una venda en ojos que parecían hechos para el análisis y la observación, y en otros, vidrios de aumento para sus cualidades y de reducción para las de los otros? Que esperanzas hay de que se imite su conducta, si los generales solo piensan en conservar por el mayor tiempo posible el bastón que se les confía, y los tenientes se creen generales y los cabos coroneles y los simples soldados capitanes de fuste?

Cabe recordar también estas palabras del ilustre Francisco Antonio Zea, Presidente de ese Congreso, al responder a Bolívar:

“Si él hubiera renunciado la autoridad suprema cuando ésta no ofrecía más que riesgos y pe-

sares, cuando atraía sobre su cabeza insultos y calumnias y cuando no era más que un título al parecer vano, nada hubiera tenido de laudable y mucho de prudente; pero hacerlo en el momento en que esta autoridad comienza a tener algunos atractivos a los ojos de la ambición, cuando todo anuncia próximo el término dichoso de nuestros deseos, y hacerlo de propio impulso y por el puro amor a la libertad, es una virtud tan heroica y tan eminente, que yo no sé si ha tenido modelo, y desespere de que tenga imitadores.”

Todos vosotros—y no me refiero desde luego a los educandos—conocéis más o menos extensamente la historia de la emancipación americana y la obra militar y civil de Bolívar. Sabéis de sus comienzos en Venezuela a órdenes de Miranda; de sus primeras armas en Colombia, en el río Magdalena, con el francés Pedro Labatut; de la épica campaña de Venezuela en 1813 y 1814, en que se combatía día y noche, en que se inmolaron Girardot en Bárbula y Ricaurte en San Mateo y en que pereció a manos del feroz Boves el glorioso general José Félix Rivas, tío de Bolívar.

Sabéis igualmente que terminada con poca fortuna la campaña de Venezuela, volvió el héroe a Nueva Granada y se dirigió a Tunja en donde estaba reunido el Congreso. El Presidente de esta Corporación, el inmortal Camilo Torres le envió, cuando supo que se acercaba, un caballo de regalo. Y Bolívar, que era todo generosidad, todo desprendimiento, todo hidalguía, se negó a aceptar ese regalo. Antes de recibir ningún presente—dijo—yo debo dar cuenta de mi conducta en relación con la misión que se me dió para Venezuela.

Y a la barra del Congreso se presentó, para hacerlo así. Pero Camilo Torres lo hizo subir al estrado y sentarse a su lado. Con su verbo elocuente, el héroe narró la épica campaña de 1813 y 1814 y pidió que se le juzgara. El Presidente del Congreso no lo dejó concluir y le dijo:

“General: vuestra patria no ha muerto mientras exista vuestra espada; con ella volveréis a rescatarla del dominio de sus opresores. El Congreso Granadino os dará su protección, porque está satisfecho de vuestro proceder. Habéis sido un militar desgraciado, pero sois un grande hombre.”

Viño después el exilio. Y en Jamaica, en donde aguardaba mejores días para emprender de nuevo la lucha por la libertad, escribió aquella carta famosa en que pinta de este modo al mundo hispanoamericano:

“Nosotros somos un pequeño género humano; poseemos un mundo aparte, cercado por dilata-

dos mares; nuevos en casi todas las ciencias, aunque en cierto modo viejos en los usos de la sociedad civil."

En esa misma carta se encuentran estas palabras sobre nuestra tierra, que son muy lisonjeras y muestran además su gran visión:

"Qué bello sería que el Istmo de Panamá fuese para nosotros lo que el de Corinto para los griegos! Ojalá que algún día tengamos la fortuna de instalar allí un augusto Congreso de los representantes de las repúblicas, reinos e imperios, a tratar y discutir sobre los altos intereses de la paz y de la guerra con las naciones de los otros puntos del mundo."

Bolívar regresó de las Antillas en 1817 para libertar a cuatro naciones y crear una quinta. En su corcel de guerra recorrió extensos y variados territorios, subió a las cimas de altas montañas, atravesó llanuras, reposó en las márgenes de ríos inmensos, vivaqueó en innumerables ciudades, villas y aldeas, sufrió hambre y sed, frío y calor, dolencias físicas y morales de toda clase, pero se sobrepuso a ellas y a las calamidades de una naturaleza que en veces se mostraba hostil a los libertadores y a la resistencia de los mismos a quienes iba a libertar, que no recibían con el gozo debido ni prestaban el apoyo necesario a quien con los fulgores de su espada y las llamadas de su genio se empeñaba en elevarlos de parias a hombres, de idiotas a ciudadanos y en darles una patria de que carecían. Pero este capitán de rápidas concepciones y de más rápida ejecución; este rayo de la guerra como lo llamó Olmedo, era un hombre y tenía un corazón que se rendía voluntario a las seducciones del amor y de la belleza y a las fruiciones del placer. Yo creo que es mejor así; mejor que nuestro héroe epónimo fuera lo que dice de Moisés en un verso muy vibrante Guillermo Valencia y que no se le pueda acusar ni un solo momento de las debilidades de César y de Federico el Grande, de la incapacidad de Enrique Cuarto de Castilla, o de las desdichas de Claudio y Marco Aurelio.

Hay en la vida de Bolívar, constantemente una mujer. Cuando joven fué la dulce Teresa, con quien unió su suerte y fué feliz, una felicidad muy breve por cierto, pues ella murió a los diez meses escasos de su matrimonio. Esta muerte fué un acontecimiento en la vida de Bolívar. Si no hubiera ocurrido, tal vez habría contado Venezuela con un hidalgo agricultor de más en vez de contar la América, el Mundo entero, con un guerrero de gran talla, con un libertador de pueblos. El mismo lo ha dicho: "Quise mucho a mi mujer y a su muerte juré no casarme otra vez. He cumplido mi palabra. Si no hubiera enviudado quizás mi vida hubiera sido otra; no sería el General

Bolívar ni el Libertador, aunque convengo que mi genio no era para ser Alcalde de San Mateo."

Después de su Teresa, hay otras mujeres en su vida y algunas de ellas han tenido que figurar por algo en su labor emancipadora. En 1815 cuando se le quiso asesinar en Kingston, debió su salvación a no estar en su casa sino en la de una bella amiga, la dominicana Luisa Crober. En 1818 también salvó de la muerte una noche que los españoles cayeron de sorpresa sobre su campamento por haberse alejado de él horas antes en pos de una belleza criolla de quince abriles, provocativa, dice algún historiador, como una tentación. Y fué en 1828 a la presencia de ánimo de doña Manuela Sáenz que debió su salvación en la noche del 25 de septiembre.

A propósito de los muchos amoríos de Bolívar, recuerdo que hay unos bellos versos de un poeta venezolano, Andrés A. Mata, sobre el obsequio de una dama con quien tuvo relaciones. En París conoció el héroe, en 1806 a una prima suya, francesa de nacimiento, pero de ascendencia venezolana por su madre: Fanny Trobriand-Aristeguieta, casada con un señor Dervieu Villars, y más conocida por Fanny du Villars. Esta mujer que faltó a sus deberes atraída por su arrogante primo, descubrió su genio y presintió su porvenir. Fué para él a un tiempo una madre, una hermana y una amante y no lo olvidó nunca. El héroe, voluble en sus amores, la dió al olvido en los azares de la lucha y en las embriagueces del triunfo. Entonces ella desde París le escribió una hermosa carta al cabo de veinte años y le envió como recuerdos de su antiguo amor su retrato y un puñal. Y esa carta y ese envío dieron inspiración a Andrés Mata para escribir los siguientes versos:

#### DON JUAN EN SANTA MARTA

Al salir del Perú, ya consumada  
La obra de su genio y de su espada  
En la América austral,  
Bolívar, desde Francia, recibía  
Una carta de amor y poesía  
de Fanny du Villars.

Aquella ardiente carta en su memoria  
Removía cenizas de una historia  
De veinte años atrás.  
Y mundano, voluble y libertino,  
París se interponía en su camino  
De Lima a Bogotá.

Fanny le confesaba: "...Todavía  
El recuerdo penoso de aquel día  
Me persigue tenaz.  
Vos secábais el llanto en mi semblante,  
Mientras yo, enloquecida y suplicante,  
No os dejaba marchar.

"No quiero resignarme al desengaño  
Y en prueba de mi afecto os acompaño  
Mi efigie y un puñal.  
Tales prendas serán en vuestra vida,  
El arma, la defensa requerida,  
Mi efigie, un talismán..."

Habló a su corazón tanta vehemencia?  
No era fácil sondear en la conciencia  
Del caudillo inmortal.  
Tras la heroica virtud de su pujanza,  
Se confundían en estrecha alianza  
Águiles y don Juan.

Placía a sus pasiones voluptuosas  
Olvidar los laureles por las rosas,  
La gloria por el vals.

Y pronto a la embriaguez de las caricias,  
Entre hermosuras al placer propicias  
Plantaba su vivac.

De Lima a Quito, Bogotá y Pamplona,  
Hasta el valle que el Avila corona,  
Fue una marcha triunfal.  
Palpitantes de amor los corazones,  
Se pusieron en pie cuatro naciones  
Para verle pasar.

Pocos años después en Santa Marta,  
Ya próximo a morir, aquella carta  
Recordó, frente al mar.  
Clavó la vista en el confín arcano,  
Vió por última vez el Océano  
Y rompió a sollozar.....

La vida de Bolívar es un venero en que hay  
riquezas de toda clase. Pero si quisiera ahondar  
en ella, si quisiera explotar ese venero, no aca-  
baría nunca, pues hay tema para muchas horas y  
material para muchos volúmenes, y no debo abu-  
sar de vuestra paciencia y de vuestra bondad.

como recuerdo y como homenaje, y hay en los  
libros de autógrafos que celosamente se conser-  
van prosa y versos de verdadero mérito. Re-  
cuerdo de momento unas estrofas del doctor José  
María Rojas Garrido, el primer orador de Co-  
lombia, que dicen así:

Aquí fueron sus últimos momentos;  
su último adiós; su postrimer gemido.  
Aquí cayó como el león herido  
cuya rugiente voz no apaga el mar.

Tu manto de iris, inmortal Colombia,  
fue desgarrado aquí: negros crespones,  
en tres fragmentos, para tres naciones,  
se vieron con las brisas ondular.

Tú, Santa Marta, fuiste hospitalaria  
con el héroe proscrito: en tu regazo  
le dejaste siquiera este pedazo  
a la orilla del mar para morir.

Bendita seas! Cuántas emociones  
este solemne sitio al alma imprime.  
Hay aquí de Colombia algo que gime;  
ayes de muerte alcanzo a percibir.

Para nosotros los panameños, que no recibi-  
mos directamente los beneficios de Bolívar, pero  
que no hubiéramos podido realizar nuestra sepa-  
ración de España si ya él no hubiera libertado a  
Colombia y Venezuela, hay frases suyas que es  
justo agradecerle y que no debemos olvidar  
nunca. La que ya he citado de la carta de Jamai-  
ca es una de ellas; otra, la que escribió a propó-  
sito de nuestra emancipación:

"Panamá, centro del universo, es regenerado  
por sí mismo y libre por su propia virtud. El acta  
de independencia de Panamá es el monumento

A fines de 1830 llegaba a Santa Marta, de paso  
para Europa, un hombre de cuarenta y siete años  
graves, fatigado y envejecido por las penas mo-

más glorioso que puede ofrecer a la historia nin-  
guna provincia americana. Todo está allí consul-  
tado: iusticia, generosidad, política e interés na-

gen y brillan entre la muchedumbre de los humanos, sino porque esas virtudes nos harán mejores y nos pondrán en aptitud de alcanzar el título que Bolívar consideraba superior a cualquier otro: el de buenos ciudadanos.

Concluiré este desaliñado discurso implorando de nuevo vuestra benevolencia y recordando los

hermosos versos del venezolano José Antonio Maí-tín sobre el Libertador:

"Tu porvenir, Bolívar, son los tiempos;  
Las coronas de un dios son tus coronas,  
y el inmenso raudal del Amazonas  
las aguas que fecundan tu laurel."

## POESIAS

### EN PARIS

Bolívar ve que la nación francesa  
le rinde a Napoleón gran homenaje,  
y siente, de los pies a la cabeza,  
subir la sangre en impetuoso oleaje.

De la gloria fascínale el ropaje...  
Busca un noble motivo a su proeza...  
Y, al evocar de América el paisaje,  
do el ibero león hizo su presa,

da un salto a Roma, a la colina sube,  
porque no puede alzarse en una nube,  
la vista pone en el confín lejano

en dirección del mundo colombiano,  
y pronuncia con labio sibilino  
su promesa formal del Aventino!...

### EN PATIVILCA

En Pativilca estaba Bolívar ese día,  
habíale el Congreso nombrado Dictador...  
Mientras sumaba fuerzas el audaz invasor,  
en el país del inca reinaba la anarquía.

Se volvió, el presidente Riva-Aguero, traidor,  
de Torre-Tagle y varios Jefes en compañía;  
las tropas bonaerenses en plena rebeldía,  
y casi moribundo el gran Libertador!...

Del héroe en peligro se hallaba la existencia,  
hallábase en peligro también la noble Causa,  
y por doquiera, el caos, sembraba la inconsciencia.

"Qué piensa hacer", se atreve Mosquera a preguntar  
al ínclito Caudillo... Y, tras de breve pausa,  
Bolívar le responde, lleno de fe: TRIUNFAR!

Alo. Ramírez Astier.  
(venezolano)

Panamá, Julio de 1927.

### MAGNO PONTIFICE

A mi conterráneo Ramírez Astier.

Oh, Bolívar, divina encarnación americana!  
De un mundo Redentor; no como el místico Jesús,  
colgando en el madero ignominioso de una cruz,  
altivo y recio cual un Cóndor de la Sierra indiana.

No paciente perdonando, con la espada airada  
vengando al indio que hombres coronados oprimieron;  
y rompiendo el yugo vil de la cerviz esclavizada,  
en tu puño, cadenas y corona se fundieron.  
Salve divino Emmanuel, de mi patria préz y gloria!  
Yo te contemplo en la enhiesta cumbre del Chimborazo:  
revestido con la enseña tricolor y en los brazos  
alzando el Cáliz y la Hostia pura de la Victoria.  
Ofreciendo el sacrificio, la oblación propicia,  
al dios poderoso Marte, al dios-rojo de la guerra,  
cual Magno Pontífice de la Libertad que oficia,  
en la alta cumbre de un monte, por la oprimida tierra.

Hombres de mi patria: amad a Bolívar mientras tengáis  
un corazón rebelde que lata en vuestros pechos!  
Vientos, mares y torrentes: cantad, doquiera que corráis,  
al Martir, vindicador de Colombia en sus derechos!

A. Valero.  
(venezolano)

### MOMENTO

Eramos tres, artistas. En mi estudio  
donde un fulgor crepuscular entraba,  
dijo el primero:

—Yo quisiera  
ser una luz como ésta, triste y diáfana,  
y dorar el silencio de los lagos  
y reflejarme en las pupilas lánguidas...  
El segundo repuso:

—Mi deseo  
es transformarme en una sombra vaga  
como esas que los árboles  
dibujan en las sendas silenciarias...  
Y guardaron silencio... Yo seguía  
mirando la humareda azul y tácita  
de un sahumador de viejo bronce indiano,  
viendo como formaba  
pagodas que se deshacían  
y lotos que se deshojaban...  
—Y tú?—dijeron—Qué deseas ser?...

Y yo, mirando las cenizas vanas,  
repuse:

—Nada...

Luego callamos. En la paz umbrosa,  
el vibrar del reloj se eternizaba.

Gastón Figueroa  
(uruguayo)

# LAS TRES MARIPOSAS

## CASO PRIMERO

Pedrillo estaba riente  
ante el claro manantial.  
El estanque era un cristal:  
transparente!....

De súbito—alas de tul,  
de grana, y oro, y armiño—  
tocó su frente de niño  
una mariposa azul.

Ante el lindo insecto aquel  
que en torno suyo describía el vuelo,  
Pedrillo sintió un anhelo:  
apoderarse de él!

La mariposa subía  
y bajaba alegremente,

y Pedrillo, sonriente,  
la seguía.... la seguía....

De súbito, en un arranque,  
ya con el lindo insecto quiso dar;  
y Pedrillo fué a quebrar  
en pedazos el estanque!

Total, nada: un breve duelo  
entre dos bellos infantes:  
una infantina del cielo  
y un niño de rubio pelo,  
cosas que no están distantes....  
La mariposa voló  
y Pedrillo resurgió  
riendo y constelado de diamantes.

## CASO SEGUNDO

Aquella tarde en el jardín caía  
lluvia de rosas desde el cielo en llamas  
mientras, bajo el refugio de las ramas,  
Pedro—el poeta del amor—leía.

De repente una linda mariposa  
—llama con alas, de los cielos, viva—  
acarició su frente pensativa  
y se posó en el cáliz de una rosa.

Son los versos caminos silenciosos....  
y Pedro iba por ellos extasiado

mas vió al insecto y, súbito, encantado,  
echóse a andar con pasos cautelosos....

Y ya cerca a la rosa purpurina  
tendió la mano, ávida e inquieta,  
y la lírica mano del poeta  
sólo encontró la punta de una espina.

La mariposa se perdió en el cielo  
como toda ilusión, toda locura;  
y al poeta quedó de la aventura  
una gota de sangre en el pañuelo....

## CASO TERCERO

Las tardes son ventanas abiertas al pasado!....  
Al caer el crepúsculo están de par en par  
y el corazón, entonces, se vuelve y extasiado,  
retorna por los viejos caminos a soñar.

Ebrio de azul de humo, ebrio de azul de cielo  
sobre la amplia terraza que domina el jardín,  
Don Pedro fuma y sueña.... La tarde tiende el vuelo;  
el cielo está sin nubes; celeste el mar sin fin....

Leve temblor de alas, tenue como un suspiro,  
acarició la grave frente del soñador  
y—mariposa de oro—voló con lento giro  
como una bailarina del cielo, en su redor.

Don Pedro no veía. Quien sabe por qué extraños  
caminos de otros tiempos su alma fué a soñar....  
Es tan dulce sentirse en los cincuenta años  
a solas y fumando, frente al cielo y al mar!....

La linda mariposa lo acarició, inocente,  
—Quien sabe si malévolamente lo acarició!—;  
pero Don Pedro, en éxtasis; Don Pedro, indiferente,  
en una bocanada de humo la envolvió....

La mariposa de oro quiso tender el vuelo  
y—tenue flor con alas—fué a caer al jardín,  
mientras don Pedro, absorto, estaba frente al cielo....  
a solas y fumando.... frente a la mar sin fin....

Ricardo MIRO.

# El Indio Taciturno

(Cuento)

Por Samuel Lewis

EN el bohío que corona la colina escarpada y solitaria, lejos, muy lejos de la villa, una tarde clara y brillante cuando el sol al morirse en el ocaso imponía sobre el horizonte su rastro escarlata e irradiaba todos los tintes vivos y variantes del rojo, hasta convertir el firmamento en una ascua encendida, encontré por la centésima vez a un indio taciturno, de pie en el umbral, absorto en profunda meditación, abismado, al parecer, en el escarbar continuo de un pensamiento único, dueño de su mente.

Detuve el paso, decidido a contemplar de cerca a ese hijo de la América virgen.

Era un sér peculiar, alto, bien fornido, de cabellera blanquecina, ojos grandes y ágiles, faz de líneas armónicas reveladoras de su origen en el seno de una raza pura. Sus modales, su aspecto y su temperamento hacían creer que quizás fuese él, algo así como el último descendiente de los reyes incas o aztecas, o talvez el vástago final de alguno de aquellos ejemplares de los aborígenes llevados a presencia de los Monarcas de España para enseñarles el tipo de los habitantes del Nuevo Mundo y devueltos, más tarde, a las selvas milenarias de aquende el mar donde habían nacido, porque este indio revelaba en su lenguaje, en sus ideas, en su majestuosa prestancia, las características aristocráticas de los jefes salvajes o de los grandes señores peninsulares, así como las luces imprecisas de otras civilizaciones llegadas hasta él, sin duda, por la magia incomprendible de la fuerza atávica o por el influjo constante de un roce prolongado con sociedades avanzadas.

Interrumpí su meditación y me esforcé en insinuármele hasta hacerme dueño de su confianza. El indio al fin mirando al suelo, con voz acompasada, ensordecida por la emoción y en un tono que parecía más bien el de una plegaria, me refirió su vida o la parte cumbre de su vida espiritual, así:

“En el primer cuarto de una luna de antaño, arribó a las playas de estos mares una mujer blanca, hija, estoy cierto, del sol y de la luna; porque en ella se aunaban, en íntimo consorcio, los fuegos intensos del medio día y la tibieza aterciopelada de la pálida noctámbula. Era delgada y flexible como el arco de flecha de un indio bravío; su cabellera rubia y sedosa como barba

de maíz tierno, se hallaba recogida sobre la frente y la nuca; las curvas de su cuerpo regulares y precisas pero tenues como pinceladas, la daban el aire de un joven portaestandarte de vuestras huestes y la desenvoltura de un paje virreinal.”

“Fuera de un gesto altivo de la cabeza, propio de reina al sacudir su imperial diadema, esa mujer tenía, amén de muchas otras, dos cosas divinamente maravillosas: los ojos y la boca.”

“Los ojos eran grandes. Sobre dos pétalos de gardenia, a guisa de estuche, reposaban las pupilas como dos gemas cambiantes: el idilio de los matices más hermosos. En ellas parecían alternar con increíble rapidez los extraños coloridos del topacio oscuro con la esmeralda tenue, los del rubí subido con el zafiro profundo, pues esas pupilas variaban de tonalidad al calor de los sentimientos que agitaban su espíritu, dándoles grises reflejos de acero o vaguedades acariciadoras de amatista, según su alma sentía los espasmos de la ira o los desfallecimientos del amor.”

“Y su boca era fresca como el blando despertar del día, fina y delicada como una miniatura, movible y húmeda como una rosa en constante aleteo de mariposa, en el centro de cuya corola encarnada hubiera cuajado en aljófara, un rocío de leche en gotas hermanas. Y por ese primor de labios se atropellan cascadas de palabras con modulaciones de cítara de oro.”

“Si jamás el beso tuvo un templo, fué esa boca.”

“En fin, señor, nunca soñé que tanta exuberancia de vida pudiera alojarse en cuerpo tan frágil, ni mucho menos que toda la vida de un sér humano alcanzara a retratarse tan de lleno, en los ojos y la boca de una mujer. Sí, el pájaro volador y fugaz de su “yo” psicológico emergía de sus carnes transparentes, por la boca y los ojos, y revoloteaba en su torno con ritmos fascinadores y piruetas desconcertantes. Su alma estaba a flor de piel sugestionadora, esquiva o coqueta, según que las sensaciones imprimieran a las cuerdas sonoras de su espíritu superior, gemidos de tórtola o estremecimientos dramáticos de huracán.”

“Cuando circuló la noticia de haber llegado la extranjera a nuestros lares, el jaguar de la barbarie despertó amenazador en la sangre de mi tribu que se sacudió con escalofríos de rabia intensa. Los hombres gesticulaban inyectados los

ojos, la faz contraída por el odio y el coraje; las mujeres desgredadas y semidesnudas, lanzaban estridentes carcajadas, denunciadoras del infinito placer de la venganza que en el seno les bullía. Unos y otros iban y venían pletóricos de encono y cada cual, en medio de la infernal algarabía, proclamaba los deleites supremos con que saciarían los instintos feroces de la raza.”

“Aquella mujer procedente de otras latitudes sería carne de festín, cuerpo de orgía. A los victoriosos en las riñas o como premios a las habilidades femeninas, corresponderían sus despojos puestos en almoneda. La cabellera rubia, tibia y ensangrentada aún, debía colgar de mi cinto como trofeo atestigüador del triunfo alcanzado por nosotros, sobre la especie que dió origen a los daños y dolores sufridos por nuestros ascendientes en los siglos pasados.”

“Terminadas estas justas enloquecedoras en celebración de la victoria del esclavo, comenzaría la hora roja, la hora de la danza al són de tambores y de cantos de guerra, en torno del cuerpo en agonía, desnudo, maltrecho y palpitante, que las llamas de la hoguera siniestra, en caricias voluptuosas, harían vibrar en contorsiones dolorosas y muecas espasmódicas. Los ayes de la víctima expirante habrían de ser el himno glorioso entonado, en loor de los vencidos de ogaño, por la hija de aquellos vencedores inmisericordes de otros días.”

“Sé decir que me preparaba a saborear, con los entusiasmos y las furias de mi tribu, las refinadas crueldades que nuestros ritos señalan como castigos, a los hijos del sol y de la luna que caen en nuestras manos. Una ola de sangre cerraba mi cerebro y ensombrecía mi vista, me sentía henchido el corazón con todos los atavismos salvajes cuyos golpes iracundos amartillaban mis sienes. Una ansia de verdugo crispaba mis músculos de hierro y mis manos anticipaban, por evocación perversa, la delicia magna de la zarpa rasgando el raso de la piel, armiño y rosa, de la presa.”

“La mandé traer a mi presencia.”

“Una turba embriagada de odio, sedienta de venganza, la seguía y se abrió en semicírculo ante mí.”

“Me tocaba delinear el programa de la fiesta al pronunciar la sentencia inapelable y fatal.”

“Reinó el silencio profundo de las tumbas y, ella, por mi orden, avanzó hacia el centro.”

“Elevé las manos al cielo; invoqué a Noncama, dios de mis padres, para dar principio a mi discurso. Al posar mis ojos sobre ella las palabras se helaron en mis labios: una exquisita sensación de bondad apacible y subyugadora,

emanada de su sér aterrado y tembloroso, se apoderó de mí, transformó mi espíritu y como un rocío de placidez sidérea me paralizó al extremo de despojarme de todas mis energías. Sí, los borbotones de sangre esclava domeñaron las altiveces de la raza. Como el león ante la mirada del domador, sentí el frío de la humildad, la mansedumbre de la oveja, la impotencia de la materia inerte. Cesé de ser jefe para convertirme en siervo; de hombre me troqué en niño, de flecha en flor. El paroxismo del odio se esfumó lentamente con la majestad de la claridad que asciende, para dar pábulo al surgimiento de un amor indecible, tierno, infinitamente dulce, aterradoramente poderoso.”

El pielroja se detuvo un instante, talvez para enjugar una lágrima que como una perla en fusión rodó invisible por su mejilla bronceada, o para cobrar aliento a fin de confesar, sin sonrojarse, el hecho extraordinario de que hubo un día en que su fortaleza indómita se fundió, cual las sombras de la noche al despuntar la aurora, ante los atractivos seductores de una mujer. Luego de inflar con aire puro los pulmones, reducidos a su ínfima capacidad por la emoción, prosiguió su relato.

“De allí en adelante me sentí otro hombre y viví otra vida. Mi tribu desconcertada no podía explicarse mi conducta ni yo los impulsos que me arrastraban. Una metamorfosis tan radical se había efectuado en mí que ya no era yo el salvaje de la montaña ni la fiera de los desiertos. Una como clámide de dulzura me envolvía entre sus pliegues, tiernos como brazos de madre, y un amor sagrado ardía en mi pecho, transformando los instintos brutales de mi raza en elementos sentimentales superiores, hasta entonces para mí desconocidos. A la rabia que ha poco me inflamaba sucedió una clemencia infinita; la ira dió paso a la caridad más absoluta. Todo lo que era antes causa de alegría para mí: los cantos de guerra, los gritos de venganza, constituían ahora motivos de vergüenza. En mi interior se libró la gran tragedia entre dos seres distintos y antagónicos: mi “yo” del pasado y mi “yo” del porvenir, y éste, centelleante como un lucero recién abierto, al triunfar en corto lapso, como que hubiera erradicado, hasta en sus hondas raíces, los atributos de aquél”.

“Ah! si a los salvajes de antaño se les hubiera sometido al magnetismo de ojos semejantes y a las irradiaciones de almas como la de ella, no hubieran resultado ni vencedores ni vencidos, amos ni esclavos, en el Nuevo Mundo. **América habría sido la tierra de hermanos, la Arcadia del corazón.**”

“Bajé de la pequeña altura donde me hallaba, llegué hasta ella con la unción de un convertido y la tendí la mano con ademán de rey. Mis compañeros aun cuando acostumbrados a obedecer parecieron rebelarse, pero de un gesto majestuoso les impuse silencio y entonces la hice y fué mi soberana.”

“Mi soberana sin cambiar con ella una palabra: el mutismo de los cuerpos hizo más elocuentes las voces silenciosas de los espíritus. Mi soberana fué por un arranque de espontaneidad sublime; mi soberana por la magnitud del aura sutil que la circundaba, no por la fuerza bruta tangible o intangible de su sér.”

“La tragedia que se libró dentro de mí despertó por un momento el recelo y la envidia de los míos, pero aun en los bárbaros hijos de los montes se impone el esplendor del sacrificio en aras de un ideal y el rumor de impaciencia se ahogó pronto en la atmósfera de respeto que surgía.”

“Más sereno ya le dije: “A la luz de vuestros ojos navegaría más allá de lo infinito.” Y ella me contestó con una voz cálida, timbrada con afectuosas armonías: “En medio de un mar que tuviera el color de vuestras pupilas anclaría para siempre la nave de mi vida.”

“Nuestras almas se habían desposado por los cánones de una nueva religión.”

“Ese enlace, fugitivo y eterno, que en lo físico duró tres plenilunios y en lo inmaterial se prolonga más allá de la vida como un perpetuo rayo de luz, vino a constituir un paréntesis de amor en mi monótona existencia, porque quise que aquella alma extraña, toda mía, se pusiera en contacto con la tentadora naturaleza tropical, para que de cerca oyera las palpitations de la madre tierra, escuchara el burbujear de la savia trepando por los troncos de los árboles gigantes, sintiera la caricia voluptuosa y fecundante del astro rey sobre la selva en infancia, sorprendiera el concierto inefable que existe entre el rumor tenue del insecto alado y la cinta de plata que cual junco cimbrador descende de la luna, comprendiera la canción amorosa del arroyo y el rugir sublime del océano, y que, al contacto de todas esas morbideces de natura al desnudo, se encendiera en su alma exótica el fuego pasional que nos distingue y nos hace, en el sentir, tan arrogantes como nuestras montañas empinadas y tan turbulentas como nuestras cataratas espumosas.”

Ese empeño requería la percepción directa de la lira multicorde que es el universo tropical, y para ello preciso fué recorrer el bosque de sombras refrescantes y mirar de cerca la flora pro-

longada que se extiende desde más allá del caobo bicentenario hasta la flor ave: la orquídea; contemplar su fauna interminable que recorre aquella gama variadísima, la cual parece principiar en la puma o el leopardo, pasar por la culebra perezosa trajeada de arlequín, para concluir en el ave flor: el colibrí; fué necesariamente limpiar el espacio cubierto de hojas secas, en silencioso hervor fertilizante, y descubrir las raíces de los árboles titanes, a fin de reclinar en ellas las sienes y dormir al concierto sin igual entonado por los pájaros libres y alegres; indispensable se hizo surcar las ondas cristalinas de los ríos en las góndolas nativas, recorrer el mar inmenso sobre frágil barquichuelo y hundir las formas de la mujer hermosa entre los encajes immaculados que la ola teje instantáneamente al reventar, feliz, sobre la orilla.”

“En este afán corrimos de un extremo a otro del terruño mío llevando a todas partes la canción de nuestra dicha y recibiendo, de continuo, el beso halagador de la naturaleza en fiesta.”

“Una mañana salimos en pos de sensaciones inocentes, con dirección a la colina inmediata, por el sendero serpeante que conduce a la cima. A la vuelta de uno de sus recodos caímos en un edificio que en otra época fué oratorio o tambor. En él entramos y ascendimos a su piso superior, que era una sala amplia y llena de luz. De sus muros de quincha, recamados de madreperlas colgaban reliquias raras: cabezas perfectas de enemigos vencidos, reducidas por el humo y el fuego, sin alterar sus lineamientos ni destruir su cabellera, a las diminutas proporciones de una naranja color término medio entre azabache y bronce; tibias y fémures humanos en combinaciones espantosas; esqueletos de animales salvajes; cárcajes, arcos y flechas de puntas envenenadas; lanzas de caña y rodelas de cuero de tapir; macanas erizadas de pedernales; momias envueltas en ligaduras de hojas agujereadas por los años; adornos de narices, senos y tobillos, unos de oro otros de plata; cerámicas y piedras talladas de todas clases; telas de algodón con dibujos faraónicos en colores complementarios; “quipus” de hilos irisados; trozos de corazas, yelmos, espuelas y espadas españolas; hachones a guisa de pebeteros en cuyos platillos yacían las cenizas de las resinas aromáticas que en ellos ha tiempo se quemaron; y en el centro de esa pieza tan grande y tan clara, entre muchas otras de distintos animales, una enorme piel de tigre que, con las fauces abiertas, los ojos de ira relumbrantes y las zarpas feroces extendidas, parecía un monstruo de la montaña echado sobre el vientre.”

“No sé si en el alma reformada deben renacer los sentimientos perversos tan súbitamente como crece la mala hierba en el jardín hermoso. No lo sé, pero la vista de aquella fiera evocadora de mis bárbaros instintos, o la atmósfera salvaje que se respiraba en aquel recinto, urna de mi ayer indomado, en donde ardían como luminarias recuerdos de un pasado remoto, o la fascinadora belleza física de la rubia de mis amores inmortales, o todos estos elementos coaligados, encendieron en el fondo de mi sér la rabia pasional de la bestia humana, en mí tanto tiempo comprimida, y sin más advertencia, sin un gesto, emitiendo tan sólo un gruñido rauco de pantera hambrienta, me aprestaba para arrojarme sobre mi muñequita de filigrama, para confundirla entre la crispatura de mis brazos, para embriagarla con mis besos calcinantes y a mi impulso arrollarla hasta la piel de tigre, presta a convertirse en el nido donde los gritos excitantes del amor carnal ahogaran los gemidos de un corazón todo mío, que vibraba a mi lado, altivo y puro como las nieves eternas que, a modo de turbantes niveos, adornan las crestas de los Andes. Y sentí el vértigo y probé la locura y presentí la vorágine de su cuerpo junto a mi cuerpo en estrecha y simétrica emoción. Ya casi gustaba el delirio de los labios, el concierto de las carnes, el arpegio de los suspiros en sordina, cuando ella toda candidez, blanca como una tuberosa, clavó en mis ojos sus pupilas húmedas y hermosas, llenas de una tranquilidad extraterrena que heló mi san-

gre, apagó mis intenciones sombrías, me hizo temblar como un rabioso y de pronto me encontré sometido, sojuzgado, confundido por la fuerza invencible de su mirada tierna y luego, igual que si despertara de un sueño poblado de horribles pesadillas, sentí como un inmenso sosiego, la apacible tranquilidad del torrente cuando llega, en lánguido desmayo, a la llanura.”

“Había vivido de nuevo un instante mi pasado y ese pasado para siempre había muerto en ese mismo instante. Dejé de ser fiera para convertirme en hombre, en hombre diós, inmaculado adorador de mi rubia encantadora.”

Cual se rompe una sarta de perlas, de un tajo, cortó el indio el hilo de su discurso. Estaba estático, el rostro inmutable endurecido como bronce, los labios en contracción dolorosa, fija la mirada en remotas y encandescientes lejanías: semejaba un relicario do se conserva en cariñosa veneración el más emocionante, el más eminente de los recuerdos, el recuerdo supremo de una existencia, recuerdo que fué el jugo de una vida, que sería el resplandor eterno de una muerte, que concentraba la gloria toda de un pasado y resumía la esperanza única de un porvenir.

La explosión bermeja del ocaso se diluía entre las primeras pompas funerarias de la noche que, cual piadoso cortinaje, caían para ocultar discretamente el dolor de aquél sér extraño, dedicado a mantener presa y viviente al cálido rescoldo de su corazón, la golondrina volandera de una ilusión imborrable.

## Voltaire y su influencia en las grandes Escuelas Idealistas

Por Ernesto A. Morales

(Especial para NUEVOS RITOS)

The Church is the handmaid of tyranny  
and the steady enemy of liberty.

—MACAULEY.

Hace muy poco tiempo murió en Copenhage, el célebre crítico danés Jorge Brandes, cuya especialidad sintética en materia de filosofía, fué examinar atentamente el proceso de las grandes personalidades tanto del pretérito, como del presente, que han desfilado por el proscenio de la humanidad, dejando una obra constructiva. Y quizás entre todos los temperamentos y entre todos los espíritus, abiertos por su escalpelo,—no se encuentra uno que, como el de Voltaire, resume todas las inquietudes de una época, las vibraciones de un siglo, y las maravillosas proyec-

ciones que ha tenido sobre las generaciones que le han precedido, y aún sobre aquellas que en progresión geométrica, se acercan a la vida contemporánea. Es indiscutible que Brandes fué en esencia el biógrafo más sincero del gran herejía, su crítico más erudito y fiel, su comentarista más desapasionado. Toda la herencia del gran rebelde, sus hechos, sus fórmulas, sus doctrinas, adquieren al influjo de Brandes, una autenticidad sagrada y aspectos vedados hasta a los mismos que conocieron personalmente a Voltaire, y que en formas más o menos verídicas,

como es el caso de los más autorizados Enciclopedistas, se han ocupado de su vida y de sus obras. Todo lo penetró Brandes con acierto: la psicología del sabio, la esencia de su aguda ironía, su temperamento revolucionario, su musa también irónica y atea, su acción demoledora y la aquilatación de sus convicciones. De allí que según la opinión de Julius Moritzen, Brandes sea el manantial más puro para beber en Voltaire, y al mismo tiempo su guía más autorizado. Otros expositores han caído en la liviandad de censurar al demagogo por estar en desacuerdo con sus principios, o de adornar demasiado su labor con guirnaldas póstumas, que despiertan envidias acres, o escozores ásperos entre las escuelas opuestas. Por otra parte, muchos no le restan méritos, pero le discuten el momento histórico, haciéndole víctima de injustas acusaciones. Y la mayoría de sus críticos, incubados dentro de prejuicios necios e infundados, efectúan, con habilidad de consumados cleptómanos, sustracciones escandalosas en los verdaderos valores del sabio, o en caprichosos "camouflages," esconden sus virtudes, porque así conviene a determinados intereses, incompetentes para llegar a las fuentes de la verdad política e histórica de los hechos.

La fidelidad de Brandes, destruye de un soplo, todos los antagonismos y coloca al hombre, en la posición que le corresponde en el siglo y en las ideas. No es si se quiere el biógrafo,—es el evocador, el evangelista de Voltaire,—el panegirista modelo, fruto de tendencias nuevas y depuradas. Es más que su comentarista, su genuino apolo-gista, porque es el que más se acerca a ese espíritu prodigioso, convertido en la antorcha de una Epoca. Describir a Voltaire, profundizar sus métodos, es tarea árdua y penosa, difícil de cumplir sin graves inconvenientes. Para llegar a ese cerebro, el volcán del Siglo XVIII, es preciso despojarse de los atavíos de una lógica estrecha o preconcebida. Su análisis es patrimonio exclusivo de espíritus indiferentes al medio, y de conciencias precisas, incontaminadas en virtud de una concepción liberal de la vida. Voltaire, ejerce esa influencia característica, y únicamente una generación en progreso, en marcha hacia el iconoclastismo absoluto, podrá detenerse ante sus virtudes extrínsecas e intrínsecas. De lo contrario, es imposible hacerse un juicio aproximado de esa personalidad extraordinaria, orgullo de su época y personificación de todas las ideas avanzadas. Referirse a Brandes, actualizado en su fuerte reciente, es traer al tapete la esencia de un mejor motivo. Revivir las glorias de Voltaire, remover todo el edificio ideológico de la humanidad y buscar entre el cataclismo de todos los

sistemas, y de todas las doctrinas, el verdadero sentido especulativo de la especie, la verdadera vocación, la más pura finalidad. Misión augusta superior a los simples conocimientos y al simple raciocinio.

Voltaire,—dice Brandes,—resume una parte del mundo. Es la esencia de una nación y el símbolo de una centuria. Hablar del siglo diez y ocho, es hablar de Voltaire. En los dominios intelectuales hace conquistas tan valiosas como Alejandro y Napoleón, y quizás vá más lejos que ellos. Su imperio como es intelectual, es más dilatado. Hoy no se consiguen continuadores de Alejandro y hasta los Bonapartistas son escasos. Pero los Volterianos existen todavía. El Volterianismo emprende la Reforma de dos siglos, después de Calvino y de Lutero, y por eso es más constructivo que el esfuerzo de los conquistadores materiales." También Cantú en sus bosquejos de ese Siglo, define a Voltaire, con aspectos análogos. El gran escritor italiano se expresa así del filósofo:

"Uniendo al escepticismo inglés su espíritu agudo y burlón, movió guerra a todas las creencias religiosas, filosóficas y morales, sin fundar ninguna, introduciendo la costumbre de deslizar-se sobre todo y no profundizar nada, afirmar francamente sin examen y sin temor de incurrir en errores, reírse de todo y de todos, de amigos y enemigos, de antiguos y contemporáneos. No se dirá que destruyó la moral, por cuanto ya vemos antes corrompidas las costumbres y sacudidas las creencias; siguiendo la corriente, Voltaire quiso agradar; creyó que las generaciones se emanciparían con la relajación de costumbres y la decadencia de las convicciones." Comparativamente y según Cantú,—el demagogo era un descreído,—un Mefistófeles de la centuria decima-octava e indudablemente hay en esto un gran fondo de verdad. Este hombre singular, que desde los primeros años, debía causar tantos trastornos en el orden social y político, nació investido de un carácter especial, que talvez no se encuentra ni en las más extravagantes tragedias griegas. La naturaleza, que muchas veces es pródiga en esparcir sus dones prodigiosos, quiso congraciarse en Voltaire, convirtiéndolo en un conjunto armonioso de todas las facultades y de todos los recursos intelectuales. Es muy raro, encontrar un paralelo, que guarde una proporción digna de tomarse en cuenta, en el avalúo de idénticas virtudes.

Satírico, historiador, poeta, físico, lírico, dramaturgo, novelista, economista, filósofo, crítico, pensador, agitador, revolucionario, epigramático, compendia en su genio, todas las actividades

de un ser extraordinario. Feliz esquema del hombre superior, brote raro de la especie. Ejemplo elocuente de la dualidad en los caracteres y en los temperamentos. Coeficiente de un cerebro poderoso, que se pudiera calificar de anormal, si la ciencia no explicara satisfactoriamente estos fenómenos. Fué Voltaire un genio negativo, como algunos pretenden? Fué un genio organizado? Contestar estas preguntas, es algo difícil y ello queda relegada al juicio de sus numerosos observadores y críticos.

Encarnación fecunda de las ideas de todo un siglo, las generaciones posteriores han recogido su obra y se han modificado. Así lo proclamaba Víctor Hugo, cuando en Mayo 30 de 1878, con ocasión del primer centenario de la muerte del gran sabio, pronunciaba en París, una magistral Oración a su memoria. Este homenaje tuvo gran resonancia en Europa y revistió los caracteres de un acontecimiento. La disertación del sublime autor francés, es una joya de erudición, proporcional con el bagaje que ofrece una personalidad tan variada y por lo mismo tan familiar al movimiento ideológico que entonces se operaba en Francia. La evocación hecha de Voltaire, fué como una renovación del voto sagrado en el maestro y el intérprete, genial como era, supo modelar la silueta del filósofo, de modo que se actualizaba su figura. Y por lo consiguiente sus tendencias. El perfume escapado de la Eternidad, saturaba el retoño de la juventud y un soplo de rebelión parece también cernirse sobre el siglo XVIII. Revive Voltaire como una floración de verdad y de idealismo, sobre el remolino de las corrientes en gestación. Y hasta nuestros días llega su influencia, como un legado de quien personificó el más saludable materialismo. Quién hubiera creído en esa reencarnación, en esa ley de Karma, un Karma espiritual que constituye un eslabón indestructible entre Voltaire y sus continuadores? Solamente muy pocos lo consiguen y muy pocos fructifican al paso de los tiempos, desafiando la acción devastadora que los mismos ejercen. Y como agrega el mismo Brandes, "solamente muy pocos escritores, talvez media docena escasa, pertenecen a la historia del mundo. Voltaire es uno de ellos."

Examinemos sus diversas facetas. Bien lo merece el heresiarca, convertido en blanco de las iras religiosas y en punto de convergencia de las ideas radicales. Francois Marie Arouet nació en París, en pleno Distrito de Saint-André-des-Arcs, en Noviembre 21 de 1694, siendo el quinto y último hijo de un honrado notario público, afiliado en cierto modo a las clases aristocráticas y acomodadas. A los nueve años, ingresa al Colegio de Jesuitas Louis Le Grand, muy cerca de

la Sorbona. Allí da sus primeros pasos, entre condiscípulos burgueses y herederos de castas opulentas. Ante todos ellos, deslumbra y los fascina fácilmente con su lógica demoledora. Poseía el arranque de los convencidos y la sugestión de los taumaturgos. En esos días memorables de las aulas, hace popular su lema: Dios y Libertad, blasón ideológico que serviría más tarde para encender la más horrible de las hecatombes. Por esto muchos le apellidan el precursor de la Revolución. Voltaire ríe sarcásticamente de esas clases sociales y políticas. Las odia en su período embriónico y se propone destruirlas. Pero cómo? Dónde difundir su libelo incendiado? Dónde erigir su tribuna?

Necesitaba un escenario de escepticismo, aún más, de estoicismo. El destino debía depararle terreno fértil para su genio. La larva germinaba, anunciando la crisálida futura. Como Víctor Hugo lo afirma en su poema: El sátiro se había transformado en Pan. Su destierro de Francia es la primera etapa de su obra. El le brinda la oportunidad de conocer una civilización diversa, otros hombres, otras costumbres. Y un día es sacado de La Bastilla, donde se encontraba prisionero, y acompañado por algunos nobles hasta un buque surto en el puerto de Calais.

Desembarca en Greenwich y duerme la primera noche en el Palacio de Lord Bolingbroke, situado en Pall Mall, en pleno Londres. Pero antes transcurre la tarde en compañía de damas y caballeros de la mejor sociedad, todos previamente presentados por aquel noble inglés al filósofo. De lleno se encuentra Voltaire en los grandes salones de la sociedad más exigente de Europa, esa misma que se disputaba la supremacía en lujo y voluptuosidad. Bolingbroke, como era natural estaba relacionado con los mejores escritores de Inglaterra, a quienes frecuentaba y con los que mantenía trato íntimo. Triunfaba por entonces el triunvirato de la literatura integrado por Pope, Swift y Gray, sucesores de los antiguos juglares, entre los que descolló Macpherson, el de los cantos osiánicos. Los escritores ingleses se sintieron desde entonces influenciados por Voltaire. Este que había traído recomendaciones especiales del Ministro de Relaciones Exteriores de Francia, M. de Morville, para Horacio Walpole—hermano del Premier Sir Robert Walpole, figura prestigiosa de la diplomacia anglicana y sucesor de Stair, como Embajador de Inglaterra en París, cayó en terreno propicio y pronto los círculos sociales se vieron honrados con su presencia. Además se le extendían credenciales de confianza entre la nobleza y el Parlamento. Esto lo comprueba el hecho de que el mismo Walpole es-

cribía al Duque de Newcastle, en solicitud de favores e influencias acerca de Voltaire, y le decía entre otras cosas: "confío en que me perdonará que lo interrumpa con la perentoria solicitud de M. de Morville, recomendando a usted a M. de Voltaire, escritor de lo más notable, recientemente llegado a Inglaterra, con el fin de publicar bajo suscripción, un espléndido poema titulado "Enrique IV." Aunque es cierto que este poema fué escrito en la Bastilla, también hay que observar que no ha tenido nada que hacer con el Gobierno. Fué una mera disputa con un individuo, el motivo de su prisión, y por lo tanto espero que Su Excelencia, intercederá en su favor, respecto a la suscripción de que hablaba." Toda la corte se interesó por el escritor francés y Walpole también le escribió otra carta similar a Bubb Dodington, Duque de Melcombe, rico y complaciente Mecenas de los hombres de letras, en cuyo castillo, en Eastbury, Voltaire vivió más de tres meses, recordando más tarde, la exuberancia de sus galanterías y guardando gratitud hacia quien fué su benefactor incomparable. Allí en esa lujosa mansión, en Eastbury, trabó amistad Voltaire con un espíritu joven, que se transformó en su discípulo más ferviente, Edward Young, que después fué notable escritor. También en Eastbury, fué director espiritual de James Thomson, el popular actor de "Las Estaciones" (The Seasons) y la impresión que dejó en Voltaire fué la de un *gran genio y una gran simplicidad*.

Más tarde, los triunfos le dieron acceso al Ministro Sir Robert Walpole, al Duque de Newcastle, a la Archiduquesa de Marlborough, y a los Príncipes y Princesas de Gales. Seis años después pagaba sus respetos, en 1718, al Rey Jorge I<sup>o</sup>, en plena estación literaria, y le dedicaba su poema *Edipo*, con versos fastuosos de gran efecto. Con este motivo, recibió valiosas dádivas de los nobles ingleses y de otros gentiles hombres del Reino. Para Voltaire, este período fué de éxitos y de glorias. Espíritu de amplio cosmopolitismo, temperamento asimilable y genio creador, en todas las esferas del Arte, la vida inglesa le fué propicia en triunfos y cada día obtenía mayores aplausos. Pero la vida así mismo tiene sus tropiezos. Y sus burlas crueles y sangrientas. Poco tiempo después de haber llegado a Inglaterra, Voltaire se encontró sin recursos. Había traído una letra de 20.000 francos, girada contra un banquero de Londres, llamado Acosta, pero por no tener necesidad inmediata de ese dinero, no se había presentado para su cobro. Cierta día angustioso, las nieblas grises y la miseria, lo obligaron a hacer efectiva esa letra, pero el ban-

quero había quebrado el día anterior precisamente. Al llegar al establecimiento del judío, se encontró con los jueces y algunos acreedores, que asistían a la liquidación de la bancarrota. Se estaban sellando las cajas y los libros de la contabilidad. Solamente pudo Acosta facilitar a Voltaire, algunas monedas de oro. El Rey Jorge, acudió en su ayuda, al tener noticia del suceso y le envió cien libras con un lacayo. Sus pensiones de Francia también habían sufrido serios trastornos y su envío fué más tardío. Fueron declinando las apariencias del filósofo y su condición pecuniaria le privó de asistir como antes, a las grandes recepciones y las fiestas de la Corte. Se encontró en situación apuradísima, encontrando numerosos obstáculos y muchos inconvenientes. Por segunda vez se vió obligado a rechazar una invitación de Lord Chesterfield. La comida era demasiado costosa y sus pobres emolumentos no le alcanzaban. También declinó otras propuestas ante la perspectiva de días amargos. Su sino sufría eclipses momentáneos, que no durarían mucho.

En sus relaciones con Pope, a quien consultó sobre negocios literarios, fué poco afortunado. El inglés que poseía Voltaire era ininteligible y Pope en cambio no hablaba una palabra de francés. Apenas lo leía con gran dificultad. De allí que no llegaran a nada práctico. Una nueva decepción sufrió Voltaire en Londres. Llegaba demasiado tarde para tratar uno de los más grandes hombres de Inglaterra: Isaac Newton, cuya vida se acababa poco a poco. Llegaba a los ochenta y cinco años y moría en Marzo 20 de 1727. A Voltaire le tocó presenciar los funerales del descubridor de la teoría de la gravedad. El féretro fué conducido hasta la Abadía de Westminster, en hombros de 6 Duques y 6 Condes, entre ellos el Lord Canciller de Inglaterra. Esta apoteosis conmovió mucho a Voltaire, hasta el extremo de que su diario de aquella época, contiene reminiscencias de aquel acontecimiento memorable.

En tan poco tiempo que tenía de residir en Inglaterra, se dió cuenta que la ciencia y el arte merecían honores y distinciones de todo género, de las clases elevadas y de la nobleza. Newton y Locke habían sido recompensados espléndidamente por el Estado. Addison había desempeñado la cartera de Secretario de Estado y estaba enterrado en la Abadía de Westminster. Prior y Gray, fueron Embajadores ante distintos países. Voltaire en cambio, sólo había obtenido una pensión de algunos miles de francos, de la Corte de Francia y muy pronto talvez se vería privado de ella. Hombres en Inglaterra, con menos méritos,

como Hughes, Rowe, Ambrose Philips y Congreve, disfrutaban de cuantiosos honorarios y vivían en forma opulenta. Existía un sentido más avanzado de la vida en tierras de Albión y Voltaire con gran decepción pudo establecer la diferencia entre lo que pasaba en este país y su patria. Moliere,—el sublime dramático francés,—el maravilloso creador del “Misántropo”, había producido obras de arte que reclamaban homenajes legítimos. Sin embargo había sido lanzado ignominiosamente de la Academia Francesa y había muerto ignorado de todos. Contrastaba esto con la muerte de la actriz inglesa, Anne Oldfield, acaecida 3 años antes del fallecimiento de Newton, y cuyas exequias se habían verificado también en la célebre Abadía, con idénticos honores. También la memoria de Shakespeare, se celebraba anualmente, con pompa inusitada. Moliere, por el contrario, dormía el más trágico olvido.

Estas palpitaciones del alma sajona, dieron a Voltaire brillante oportunidad de describir la Inglaterra de este período. Así lo hace en su “Carlos XII”, con gran acierto y lujo de erudición. Con esta pieza puede decirse que termina su estadía en Londres. •

Muchos factores contribuyen después al regreso de Voltaire a Francia. Sobre todo, las relaciones que desde largo tiempo sostenía con Federico de Prusia, correspondencia que cada día se hacía más íntima. Aquel monarca, dotado de una inteligencia viva, rápida, vigorosa, y de un carácter fuerte, encontraba en el espíritu de Voltaire, un oasis para escapar a las durezas de su padre, el rey-sargento. Sus aficiones artísticas y literarias, lo habían llevado a buscar por todos los medios la amistad del sublime dramaturgo y desde la primera carta cruzada en Agosto de 1736, quedó constituido entre ambos un lazo de unión indestructible. También por aquel tiempo, Voltaire conquistó un triunfo, con la caracterización que de una obra suya, hizo la actriz Adriana Lecouvreur, ante las protestas del clero. Comenzaban a germinar los odios y las pasiones sectarias. El aguilucho caía poco a poco en la hoguera. Pero hallaba un regazo de cariño, un temperamento que latía al unísono y que debería imprimirse indeleble en su vida futura. Era la Marquesa de Chatelet, su gran confidente y amiga. Gabriela Emilia Le Tonnelier de Breteuil, había nacido en Diciembre 17 de 1706. Se había conocido con Voltaire en la primavera en 1733, cuando contaba 26 años de edad. El filósofo tenía entonces 38 años. Entre estas edades puede concertarse un idilio y un poema. Y casi puede conjeturarse que eso fué el resultado de esas re-

laciones. A la edad de 18, ella se había casado con el Marqués Florent Claude du Chatelet-Lomont, perteneciente a aristocrática familia Lorenaense. Fue una unión desigual, en la que ella tenía la supremacía de su inteligencia y su sensibilidad. De ella nacieron dos hijos: una mujer y un varón. Voltaire la había conocido cuando pequeña mucho antes, en casa de su padre. Se la había presentado un escritor, Dumas d'Aiguebierre, vinculado a la pequeña corte que en Sceaux, poseía la Duquesa del Maine. Con una educación refinada, Madame de Chatelet, uniendo a su belleza, su intelecto, constituyóse bien pronto en una pesadilla de su esposo y no tardó mucho tiempo en verse envuelta en las redes amorosas del Marqués de Guebriant,—primero,—y convertida en protagonista de una aventura con el Duque de Richelieu. Una mujer de esta condición, tenía que influir en Voltaire, máxime cuando éste había demostrado en varias ocasiones su predilección por la bella Marquesa.

Brandes hace notar precisamente este fenómeno. Tal vez ella inspiró parte de sus “Cartas Filosóficas”. Tal vez influyó en sus poesías, sobre todo si fueron escritas en el coquetón Castillo de Ciry, heredad perteneciente a los Chatelets, situado en los bordes montañosos de la Champagne y la Lorena, estratégica posición que permitía al gran escritor tener un pié en Francia y otro en el extranjero, en caso de que su vida estuviere amenazada por alguna contingencia. Allí los amantes fabricaron su nido, lejos del ruido mundano de París, en pleno romanticismo de la naturaleza agreste y primorosa. Para tranquilizar su espíritu, esta mujer que había hecho del filósofo un ídolo, marchó a París, con el fin de obtener una revocatoria de la prisión de Voltaire y poder facilitar su presencia en aquella ciudad. Entre tanto Madame de Chatelet entraba en intimidades con Maupertuis, que le enseñaba geometría y física y la introducía al estudio de Newton, de sus leyes y teoremas. Estas relaciones, junto con las que sostuvo más tarde con Clairaut, que tenía apenas 21 años, tres de haber sido admitido en la Academia de Ciencias, disgustaron a Voltaire y precipitaron la ruptura. No valieron las cartas de ella, ni las excusas, ni siquiera las coquetuelas insinuaciones y los zalameros besos de la cortesana. Continuaron siendo amigos, pero no amantes...

Los biógrafos de Voltaire describen su vida en estos últimos tiempos: primero en Ciry, después en Ferney. En Mayo de 1739, Voltaire y la Marquesa de Chatenay, dejan la residencia regional y emprenden viaje que dura algunos años

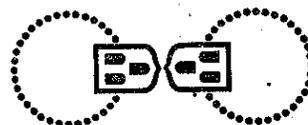
con ligeras estaciones en Ciry, que continuaba siendo un remanso obligado. La familia Chatelet entraba en posesión de una cuantiosa herencia y Voltaire, con habilidad extrema, consigue la parte que le corresponde a Emilia. Ya en París, adquiere la Marquesa el artístico Hotel Lambert en 200.000 francos y envía a los pintores Le Brun y Le Suer, bajo contrato, a decorar los aposentos interiores. Entre tanto que había sido del Marqués? Continuaba la vida de campo, al mando de un Regimiento de infantería y las desavenencias de familia, que conocía por conducto de sus parientes, lo mismo que la conducta de su esposa,

lo tenían relegado a un olvido completo. Frequentaba poco la sociedad elegante y pagaba en secreto su capricho, el gran error de haberse casado con una mujer superior, inteligente y astuta. Al terminar esta etapa grandes acontecimientos, estaban reservados a Francois de Voltaire, cuya existencia tormentosa, se había iluminado con una lámpara votiva, la Marquesa de Chateney, y, con una lumbre de esperanza, la amistad que le brindaba desinteresada y noblemente el Príncipe Federico de Prusia.

(Continuará)

## LA FIESTA PERUANA

28 DE JULIO DE 1821



Excmo. Señor Don Augusto B. Leguía, Presidente de la hermana República, a quien Nuevos Ritos envía un respetuoso saludo, con motivo de la celebración del aniversario de su independencia.



DR. DON GREGORIO MIRO  
Ministro Plenipotenciario de Panamá ante el Gobierno del Perú.

# Al Margen de los Libros

A cargo de Alo. Ramírez Astier

SONATINAS, por José Oller.—Panamá 1927.

Lujosamente editado en los talleres de "La Moderna", de los señores Quijano & Hernández, hemos recibido un ejemplar de este nuevo libro de versos, con galante dedicatoria del autor.

De sus nítidas páginas emergen delicados aromas femeninos, cuando no sutiles perfumes de vaga y dulce melancolía, de la cual satura casi todos sus motivos el poeta, acaso por temperamento.

La composición titulada "Apología del Asno" nos agrada por la originalidad, a pesar de su imperfecta versificación.

Sin alardear de doctos en asuntos literarios, nos permitimos aconsejar al poeta amigo que evite el uso frecuente de consonantes vulgares, como son los gerundios y participios de los verbos; y todos aquellos terminados en ante, ente, ía, porque ello demuestra pobreza de léxico y poca imaginación. Otro consejo: deteste las aliteraciones, que son de muy mal efecto al oído.

Que coseche el bardo amigo muchos lauros; y ojalá que para su próxima vendimia lírica hayan desaparecido los defectillos que le dejamos apuntados, con el sólo deseo de verle ascender, camino del Parnaso.

CULTURA VENEZOLANA—Año Xº Nº 79  
—Revista Mensual. Director: José A. Tagliaferro.  
Caracas, Venezuela.

A nuestra mesa de redacción ha llegado un número de esta interesante revista, correspondiente al mes de marzo del año en curso. Consta de trescientas páginas, más o menos, y trae nutrido y selecto material de lectura, autorizado por firmas conocidas y prestigiosas.

Aun cuando nuestro ideología esencialmente revolucionaria choca abiertamente con ciertos conceptos emitidos en las columnas de dicha revista, no por ello dejamos de reconocer su valioso aporte a las letras americanas y, sobre todo, su seriedad.

TRISTE ET TENDRE, por Armand Godoy—  
París, 1927.

Entre los últimos libros que acabamos de recibir, nos ha llamado la atención éste de Godoy, por ser el de un joven poeta que piensa en español y escribe en francés. Armand Godoy nació en

Cuba, allí pasó su niñez, pero luego se dirigió a Francia, guiado por un impulso irresistible que él logró descifrar después, en la forma que expresan estos versos:

*"Avant d' habiter mon corps cette âme inassouvie  
Hantait le pays où naquit Charles Baudelaire..."*

Dice Jean Royère, en el prólogo de esta obra, que el autor ha escogido para cantar la lengua de Hugo y de Verlaine, por ser ella la de mayor expresión y musicalidad, y probablemente la más perfecta y apropiada a la poesía; aun cuando nosotros pensamos que más bien el autor de "Triste et Tendre" lo hace siguiéndole las huellas al altísimo poeta Heredia, su conterráneo, y por hallarse en tierra de franceses, y no porque después de una atinada comparación haya llegado a la conclusión de que la lengua francesa sea la más dulce y expresiva, y la más allegada a la poesía. Lo mismo nos dirían el italiano, el español, el inglés, el portugués y hasta el catalán, de sus respectivas lenguas. Cuestión de... patriotismo!

Pero dejemos a un lado todo esto, que no es nuestro interés entrar a averiguar porqué escribe sus versos en francés Armand Godoy, y digamos algo de su poesía.

Godoy es poeta, sus versos fluyen con la dulzura de las lípidas aguas del manantial, dentro de los cauces del clasicismo, y tiene motivos raros que demuestran su ingenio y sus dotes de poeta auténtico. Díganlo si no estos versos:

## PRINTEMPS

*J'aime les pâles jours d' hiver,  
Le brouillard, la pluie et le givre,  
L'odeur humide d' un vieux livre,  
D' un baiser faux le gout amer.*

*Ce printemps, dont le soleil clair  
Nous renouvelle et nous enivre,  
Fait les remords qui vont nous suivre  
Jusqu'à la porte de l' enfer.*

.....  
.....

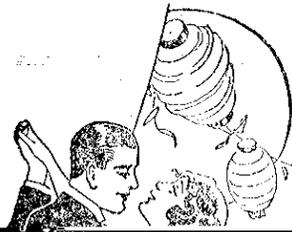
En nuestro próximo número publicaremos la traducción de una de sus originales poesías.

Agradecemos el envío y saludamos al compañero de letras.

DISPONIBLE

DESPUES DEL BAILE

y a causa de exceso de copas,  
viene el fuerte dolor de cabeza y malestar



**KAL-MOL GEHI**

*= Estoy de Moda =*

**Cordial**



**Pisco**

*Distribuidores:*

**GOLIZ Y ZARAK**

*Plaza de Santa Ana, Panamá*